

# H

ERBERT  
WEST,  
REANIMADOR

## HERBERT WEST

La historia de Herbert West fue escrita por encargo, caso extremadamente raro en la obra de Lovecraft, y ocupa, junto con Cool Air, un singular sitio en sus trabajos al enfocarse sobre los aspectos biomédicos del miedo cósmico. En este sentido, está emparentada con Shelley y es antecesora de una larga serie de cuentos que versan sobre el tan actual tema del sabio quien por la fuerza de su intelecto y conocimiento obtiene, sin alianza con fuerzas sobrenaturales, un poder que supera al del humano corriente. En realidad, Herbert West es la personificación intelectualizada en el siglo XX de un alquimista del Renacimiento.

La potencia y profundidad de la fantasía de Lovecraft son tan poco usuales como la extensa cultura y poderosa erudición que el escritor consiguió desde temprana edad. Su concepción del miedo cósmico, del temor a las dimensiones que coexisten con la nuestra, pobladas de seres amenazadores que pueden influir en nuestro destino, le permitió crear un mundo de entes de ficción cuya vitalidad les permitió rebasar su origen y llevar una vida independiente de su autor como en el caso de Sherlock Holmes o de Don Quijote. Los sueños de Lovecraft, reseñados en más de un cuento y narrados en una gran cantidad de su fascinante correspondencia, no eran sino una expresión subconsciente de la maravillosa imaginación con que fue dotado.

Su dominio del vocabulario y de la forma, siempre fluido, claro y elegante, lo facultaba para expresar, con fuerza singular, la dislocación

de tiempo y espacio que consideraba necesaria para sus narraciones. La mitología de Lovecraft tiene un vigor colosal y su escuela ha continuado sus creaciones de los mitos del Cthulhu con éxito ascendente. Algunos de los libros de magia inventados por Lovecraft tienen tal vitalidad que una buena parte del público da por cierta su existencia y más de un librero ha recibido encargo de obtenerlos a cualquier precio.

Lovecraft pensaba que nada era más esencialmente aterrador para el espíritu humano como la dislocación del tiempo y del espacio y describía un ambiente familiar que proyectaba sobre un fondo meticulosamente construido. Exponía un "hecho" del modo más científico posible con el objeto de usarlo como punto de referencia inmutable mientras que la narración iba de lo posible a lo imposible. Además, los fenómenos eran más importantes para transmitir lo que deseaba que los personajes y la trama. El verdadero cuento de horror, decía, está en la violación de alguna ley cósmica fija y trascendente y son los fenómenos y no las personas los verdaderos héroes de la trama. Los horrores debían ser originales y consideraba el uso de leyendas y mitos comunes como una influencia debilitante.

The Shadow Out of Time, The Whisperer in Darkness, The Thing on the Doorstep, The Dreams in the Witch-House (donde su manejo intuitivo de sofisticadas matemáticas consigue resultados literarios sorprendentes), y Through the Gates of the Silver Key son finos y fantásticos ejemplos de su espléndida imaginación y su lectura completará la sombría imagen que Herbert West permite percibir.

## I. DESDE LA OSCURIDAD

De Herbert West, quien fue mi amigo en la universidad y en otra clase de vida, sólo puedo hablar con sumo terror. Este terror no se debe tanto a las siniestras circunstancias de su reciente desaparición, sino que fue engendrado por toda la naturaleza de la obra de su vida, y adquirió por vez primera su aguda forma hace más de diecisiete años, cuando estábamos en el tercer año de nuestra carrera en la Facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic de Arkham. Mientras él estaba conmigo, la rareza y el diabolismo de sus experimentos me fascinaban por completo, y yo era su compañero más íntimo. Ahora que ha desaparecido y el hechizo se ha roto, el miedo es mayor. Los recuerdos y las posibilidades son siempre más espantosos que las realidades.

El primer incidente de carácter horrible en el curso de nuestras relaciones constituyó la impresión más fuerte que yo había experimentado hasta entonces, y lo repito con verdadera renuencia. Como ya he dicho, sucedió cuando estábamos en la Facultad de Medicina, donde West se había distinguido ya por sus audaces teorías acerca de la naturaleza de la muerte y de la posibilidad de vencerla por medios artificiales. Sus opiniones, ampliamente ridiculizadas por profesores y compañeros de estudios, estaban basadas en la naturaleza esencialmente mecánica de la vida y se referían a los medios de hacer funcionar

la maquinaria orgánica del género humano por medio de una acción química, después de la suspensión de los procesos naturales. En sus experimentos con diversas soluciones reanimantes, había matado y tratado a un incalculable número de conejos, gatos, perros y monos hasta convertirse en la plaga principal de la universidad, y en varias ocasiones había obtenido señales de vida en animales supuestamente muertos; en muchos casos señales violentas; pero no tardó en darse cuenta de que el perfeccionamiento de su sistema, si es que en realidad era posible, requeriría necesariamente toda una vida de investigación. También vio claramente que, dado que una misma solución jamás actuaba igual sobre distintas especies orgánicas, necesitaría sujetos humanos para obtener progreso más avanzado y más especializado. Aquí fue donde entró en conflicto por primera vez con las autoridades de la Universidad, y le fue prohibida la posibilidad de futuros experimentos por un funcionario del más alto rango, nada menos que el mismo director de la Facultad de Medicina, el sabio y benévolo Dr. Allan Hasley, cuyo trabajo en favor de los menesterosos lo recuerda todo viejo residente de Arkham.

Yo había sido siempre excepcionalmente tolerante con las finalidades de West, y con mucha frecuencia discutíamos sus teorías, cuyas ramificaciones y corolarios eran casi infinitos. Al sostener, con Haeckel, que toda forma de vida es un proceso físico y químico, y que la llamada "alma" es un mito, mi amigo

Arthur Bolingbroke: —

I owe,

besides this one to you, some  
dating back to February. I  
under pressure to write an  
for good old Smithy's Tryon  
get through a constitution

creía que la reanimación artificial de los muertos podía depender únicamente del estado de los tejidos y que a menos que se hubiera iniciado el proceso de descomposición, un cadáver provisto de todos sus órganos podía, por los medios adecuados, ser devuelto al estado peculiar conocido como vida. El que la vida física o intelectual podía resultar perjudicada por el leve deterioro que incluso un breve período de muerte producía en las células cerebrales, era un hecho admitido por West. Al principio, sus esfuerzos estuvieron encaminados a encontrar un reactivo que restableciera la vitalidad antes de que se produjera realmente la muerte, y sólo los repetidos fracasos en animales le habían demostrado que los movimientos vitales naturales y los artificiales eran incompatibles. Entonces procuró que sus ejemplares fueran extremadamente frescos, inyectando sus soluciones en la sangre inmediatamente después de la extinción de la vida. Fue esta circunstancia la que provocó el indiferente escepticismo de los profesores, los cuales opinaban que en ninguno de los casos se había producido la verdadera muerte. No se detuvieron a considerar el asunto de un modo más atento y razonado.

Fue poco después de que la Facultad le prohibiera continuar sus experimentos, cuando West me confió su decisión de procurarse de algún modo cuerpos recién muertos y proseguir en secreto los experimentos que no podía realizar a plena luz. Oírle hablar discurriendo vías y medios era bastante macabro, ya que en la Universidad no nos habíamos procurado nunca ejemplares anatómicos por nuestra cuenta. Siempre que el depósito de cadáveres resultaba insuficiente, dos negros del distrito se ocupaban del asunto, y rara vez eran interrogados. West era entonces un joven bajito, delgado, con anteojos, de facciones delicadas, cabellos rubios, ojos azul pálido y voz suave, y resultaba misterioso oírle discutir los méritos del cementerio de la hoyanca en comparación del de la Christ Church, con base en que prácticamente todos los cadáveres de la Christ Church eran embalsamados, circunstancia claramente ruinosa para las investigaciones de West.

En aquella época yo era su activo y esclavizado ayudante, y lo ayudaba en todas sus decisiones, no sólo las concernientes a la obtención de cuerpos sino también a las referentes a encontrar un sitio adecuado para nuestro repulsivo trabajo. Fui yo quien pensó en la granja abandonada de Chapman, detrás de la Colina del Prado, donde instalamos una sala de operaciones y un laboratorio en la planta baja, cada uno con cortinas negras para ocultar nuestras tareas de la medianoche. La granja se encontraba lejos de cualquier camino y no era visible desde ninguna otra casa, pero todas las precauciones eran pocas, ya que los rumores acerca de extrañas luces en la abandonada granja, esparcidos por un casual vagabundo nocturno, atraerían rápidamente el desastre sobre nuestra empresa. Nos pusimos de acuerdo en llamar a la instalación un laboratorio químico en caso de ser descubiertos. Poco a poco equipamos

nuestra siniestra obsesión científica con materiales adquiridos en Boston o extraídos calladamente de la Universidad, convertidos en objetos irreconocibles salvo para ojos expertos, y nos procuramos palas y picos para los numerosos entierros que tendríamos que llevar a cabo en el sótano. En la Universidad utilizábamos un incinerador, pero el aparato era demasiado caro para nuestro laboratorio clandestino. Los cadáveres eran siempre un engorro, incluso los cuerpos de los pequeños conejillos de Indias que utilizaba West en los ligeramente furtivos experimentos que realizaba en la casa de huéspedes donde vivía.

Perseguíamos las notas necrológicas locales como vampiros, ya que nuestros ejemplares requerían cualidades especiales. Lo que nosotros necesitábamos eran cadáveres enterrados poco después de su muerte y sin embalsamar; preferiblemente libres de deformaciones producidas por la enfermedad, y, desde luego, en posesión de todos los órganos. Las víctimas de accidentes eran nuestra mejor esperanza. Transcurrieron varias semanas sin que se presentara nada adecuado, a pesar de que hablábamos con los encargados del depósito de cadáveres y con las autoridades del hospital, aparentemente en interés de la Facultad, con tanta frecuencia como podíamos hacerlo sin despertar sospechas. Nos enteramos de que la Universidad tenía la prioridad en todos los casos, de modo que podría ser necesario permanecer en Arkham durante las vacaciones, cuando sólo se impartían las reducidas clases de los cursos de verano. Sin embargo, la suerte nos favoreció, ya que un día oímos hablar de un caso poco menos que ideal que iba para la hoyanca: un fuerte joven obrero se había ahogado tan sólo la mañana anterior en el estanque veraniego, y había sido enterrado por cuenta del Ayuntamiento sin demoras ni embalsamamiento. Aquella misma tarde localizamos la tumba, y decidimos empezar a trabajar poco después de la medianoche.

Fue una tarea repulsiva que emprendimos en tenebrosas horas de la madrugada, a pesar de que en aquella época no experimentábamos aún el horror especial a los cementerios que habían de infundirnos posteriores experiencias. Llevábamos palas y lámparas de petróleo, pues si bien se fabricaban ya lámparas eléctricas, no eran tan satisfactorias como las actuales, provistas de filamentos de tungsteno. El proceso de la excavación resultó lento y sórdido —podría haber resultado horripilantemente poética si hubiéramos sido artistas en vez de científicos— y nos sentimos contentos cuando nuestras palas golpearon contra la madera del ataúd. Cuando la caja de pino quedó completamente descubierta, West se introdujo gateando en la tumba y levantó la tapa jalando el contenido hacia afuera y levantándolo luego. Bajé al fondo, arrastré el contenido afuera, y a continuación paleamos duramente para devolver al sitio su aspecto anterior. La tarea nos había puesto nerviosos, de un modo especial por la tesa figura e inexpresiva cara de nuestro primer trofeo, pero conseguimos hacer desaparecer todas las



huellas de nuestra visita. Cuando apisonamos la última paletada de tierra, metimos el espécimen en un saco de lona y nos dirigimos a la vieja granja de Chapman, detrás de la Colina del Prado.

Sobre una improvisada mesa de disección, en la vieja hacienda, a la luz de una potente lámpara de acetileno, el ejemplar no tenía un aspecto tan espectral. Había sido un robusto y aparentemente poco imaginativo mocetón de tipo totalmente plebeyo —fuerte constitución, ojos grises y pelo castaño— un animal sano sin sutilezas psicológicas, probablemente con procesos vitales del tipo más sencillo y saludable. Ahora, con los ojos cerrados, parecía más dormido que muerto, aunque las expertas comprobaciones de mi amigo no tardaron en dejar aclarada la cuestión. Al fin teníamos lo que West tanto había deseado: un verdadero cadáver del tipo ideal, listo para recibir la solución preparada para uso humano de acuerdo con los más cuidadosos cálculos y teorías. Nuestra excitación se hizo muy intensa. Sabíamos que existían muy pocas posibilidades de obtener un éxito completo, y no podíamos evitar horribles temores ante posibles resultados grotescos de una reanimación parcial. Temíamos de un modo especial lo relativo a la mente y a los impulsos de la creatura, ya que en el período subsiguiente a la muerte algunas de las células cerebrales más delicadas podían haber sufrido deterioro. Por mi parte, tenía aún algunas extrañas ideas acerca de la tradicional "alma" del hombre, y experimentaba cierto pavor ante los secretos que podían ser revelados por alguien que regresara de entre los muertos. Me preguntaba qué espectáculos podía haber contemplado aquel plácido joven en inaccesibles esferas, y qué podría narrar si recobraba por completo la vida. Pero mis meditaciones no eran abrumadoras, pues básicamente compartía el materialismo de mi amigo. Él estaba mucho más tranquilo que yo cuando inoculó una gran cantidad de su fluido en una vena del brazo del cadáver, cerrando segura e inmediatamente la incisión.

La espera fue horrible, pero West no se alteró en ningún momento. De cuando en cuando aplicaba su estetoscopio al espécimen, y toleraba filosóficamente los resultados negativos. Transcurridos tres cuartos de hora sin que se produjera la menor señal de vida, anunció decepcionado que la solución no era adecuada, pero que estaba decidido a aprovechar al máximo su oportunidad e intentar un cambio en la fórmula antes de deshacerse de su macabro trofeo. Por la tarde habíamos excavado una fosa en el sótano y teníamos que llenarla antes de que amaneciera, porque a pesar de que habíamos colocado una cerradura en la puerta de la granja, queríamos evitar la más remota posibilidad de que se descubriera la brutal naturaleza de nuestros experimentos. Además, a la noche siguiente, el cadáver no estaría ya ni siquiera medianamente fresco. Así es que, llevándonos la solitaria lámpara de acetileno al laboratorio contiguo, dejamos a nuestro silencioso huésped en la plancha en la oscuridad y dedicamos toda nuestra ener-

gía a la tarea de mezclar una nueva solución, cuyo peso y medida West supervisaba con un cuidado casi fanático.

El horrible suceso fue muy repentino, y completamente inesperado. Yo estaba vertiendo algo de un tubo de ensayo a otro, y West se ocupaba manipulando una lamparilla de alcohol, que usaba a falta de un mechero de Bunsen en el edificio sin gas, cuando de la habitación que habíamos dejado a oscuras brotó la más aterradora y demoníaca sucesión de gritos que imaginarse pueda. No hubiera sido más desarticulado aquel caos de sonidos infernales si el propio averno se hubiera abierto para dejar surgir la agonía de los condenados, ya que en aquella inconcebible cacofonía estaba centrado todo el terror sobrenatural y toda la desesperación antinatural de la naturaleza animada. Aquellos gritos no podían ser humanos —el hombre es incapaz de producir tales sonidos— y sin pensar en nuestra última ocupación ni en su posible descubrimiento, tanto West como yo saltamos por la ventana más próxima como animales heridos, volcando tubos de ensayo, retortas y lámparas, brincamos locamente dentro del estrellado abismo de la noche campestre. Creo que no dejamos de gritar mientras corríamos frenéticamente hacia el pueblo, aunque al llegar a las afueras conseguimos una especie de disciplina, justo la suficiente para adquirir el aspecto de un par de tardíos parranderos tambaleándose rumbo a su casa después de una juerga.

No nos separamos sino que nos arreglamos para llegar al cuarto de West, donde susurramos con la luz del gas encendida hasta el amanecer. Para entonces nos habíamos tranquilizado un poco con teorías racionales y planes para una futura investigación, de modo que pudimos dormir durante el día dejando de asistir a clase. Pero al atardecer, dos noticias publicadas por el periódico, sin relación entre sí, nos impidieron de nuevo dormir. La abandonada granja de Chapman había ardido inexplicablemente, convirtiéndose en un amorfo montón de cenizas; esto era comprensible, teniendo en cuenta la lámpara volcada. Asimismo, alguien había intentado profanar una nueva tumba en el cementerio de la hoyanca, aunque no había utilizado ninguna herramienta; parecía como si hubiera estado arañando desesperada e inútilmente la tierra con las manos. Esto no pudimos comprenderlo, ya que habíamos apisonado la tierra con mucho cuidado.

A partir de entonces y durante diecisiete años, West miró frecuentemente por encima de su hombro afirmando escuchar unos extraños pasos detrás suyo. Ahora él ha desaparecido.

## II. LA PLAGA INFERNAL

Nunca olvidaré aquel espantoso verano de hace dieciséis años, cuando semejante a un venenoso efluvio de las cavernas de Eblis, el tifo se enseñoreó malignamente sobre Arkham. La mayoría recuerda el año por aquel terrible azote, ya que el verdadero terror extendió sus alas de murciélago sobre los mon-

usually maintain in my correspondence,  
you are consider'd, I fancy that  
it'll be deem'd pardonable; for I am  
in that case but voluntary &  
could possibly be expected of me.  
? usual reply — D.V. Bush!

tones de ataúdes en las tumbas del cementerio de la Christ Church. Pero para mí, aquella época representa un horror más intenso, un horror conocido únicamente por mí, ahora que Herbert West ha desaparecido.

West y yo éramos alumnos de los cursos de verano para graduados en la Facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic, y mi amigo había alcanzado una gran notoriedad por sus experimentos enfocados a lograr la revitalización de los muertos. Tras el sacrificio científico de innumerables animales pequeños, el absurdo trabajo había sido ostensiblemente parado por orden de nuestro escéptico director, el doctor Allan Halsey, pero West había continuado practicando ciertas pruebas secretas en el sucio cuartucho que ocupaba en una casa de huéspedes, y en una terrible e inolvidable ocasión había sacado un cuerpo humano de su tumba en el cementerio de la hoyanca para experimentar con él en una granja desierta, situada detrás de la Colina del Prado.

Yo estaba con él en aquella terrible ocasión, y le vi inyectar en las inmóviles venas el elixir que él pensaba debía restablecer, en alguna medida, los procesos químicos y físicos de la vida. El experimento había terminado de un modo horrible —en un delirio de miedo que paulatinamente llegamos a atribuir a nuestros desquiciados nervios— y a partir de entonces West no consiguió librarse de la enloquecedora sensación de ser acosado. El cadáver no era lo suficientemente fresco; es obvio que para restaurar los atributos mentales ordinarios, el cadáver tiene que ser verdaderamente muy fresco y el incendio de la antigua granja nos había impedido enterrar aquella cosa. Hubiera sido mejor si supiéramos que estaba bajo tierra.

Después de aquella experiencia, West había abandonado sus investigaciones durante algún tiempo; pero a medida que renacía en él su celo de científico nato, volvió a importunar a los profesores de la facultad, pidiendo que le dejaran utilizar la sala de disección y especímenes humanos frescos para el trabajo que él consideraba tan abrumadoramente importante. Sin embargo, sus peticiones fueron vanas, puesto que la decisión del doctor Halsey era inflexible y todos los otros profesores secundaron el veredicto de su director. En la radical teoría de la reanimación no veían más que las inmaduras extravagancias de un joven entusiasta cuya leve forma, cabellos rubios, ojos azules tras un par de anteojos y suave voz, no sugerían, ni mucho menos, el supra normal y casi diabólico poder del frío cerebro que albergaba su interior. Yo puedo verle ahora tal como era entonces en realidad y me estremezco. Su rostro fue haciéndose más austero, pero nunca envejeció. Ahora la desgracia ha caído sobre Sefton y West ha desaparecido.

West tuvo un desagradable choque con el doctor Halsey al final de nuestro último curso, en una acalorada disputa verbal que en materia de cortesía le dejó muy mal parado ante el amable director. West opinaba que estaba siendo innecesaria e irracionalmente retrasado en una tarea de importancia

suprema, una tarea que podría fácilmente realizar por sí mismo en los años por venir, pero que hubiera deseado empezar mientras aún disponía de las excepcionales facilidades de la Universidad. Para un joven del temperamento lógico de West, resultaba indeciblemente mortificante y casi incomprensible el hecho de que unos ancianos atados por la tradición ignoraran los resultados que había obtenido en sus singulares experimentos con animales e insistieran en negar toda posibilidad de reanimación. Sólo una mayor madurez podría ayudarle a comprender las limitaciones mentales crónicas del tipo doctoral de profesor, producto de generaciones de patético puritanismo, bueno, consciente y a veces gentil y amable, pero siempre limitado, intolerante, esclavo de la costumbre y falto de perspectiva. La edad madura tiene mayor caridad hacia estos caracteres incompletos, cuyo peor defecto verdadero, aunque sean de alma noble y elevada es la timidez, y que finalmente son castigados con el ridículo general por sus pecados intelectuales, como el ptolemismo, calvinismo, anti-darwinismo, anti-nietzschesismo y toda clase de sabbatarianismo y legislación suntuosa. West, joven a pesar de sus maravillosos conocimientos científicos, había tenido muy poca paciencia con el buen doctor Halsey y sus eruditos colegas; y alimentó un creciente resentimiento, mezclado con el deseo de demostrar sus teorías ante aquellos obtusos y ameritados seres de modo impresionante y dramático. Al igual que la mayoría de los jóvenes, elaboraba fantasías de venganza, triunfo y magnánimo perdón final.

Y entonces se había presentado aquella plaga, sardónica y letal, procedente de las cavernas de pesadilla del Tártaro. West y yo nos habíamos graduado ya cuando empezó, pero nos quedamos en la Universidad para realizar trabajo adicional durante el curso de verano, de modo que nos encontrábamos en Arkham cuando la plaga estalló sobre el pueblo con toda su satánica furia. A pesar de que no poseíamos aún el título de médicos, en realidad habíamos terminado la carrera y fuimos presionados con desesperación para ingresar al servicio público conforme creció el número de enfermos. La situación había casi desbordado todas las posibilidades de control y las muertes se producían con demasiada frecuencia para que las funerarias locales pudieran manejar todos los casos. Se sucedían los entierros sin previo embalsamamiento, e incluso el cementerio de la Christ Church estaba atascado con los ataúdes de los muertos sin embalsamar, los cuales iban a parar a la fosa común. Esta circunstancia no dejó de impresionar a West, el cual pensaba a menudo en lo irónico de la situación, ¡tantos ejemplares aprovechables, pero ninguno para sus reprimidas investigaciones! Estábamos grandemente abrumados de trabajo, y la terrible tensión nerviosa y mental hacía que mi amigo rumiara morbosos pensamientos.

Pero los amables enemigos de West no estaban menos abrumados por sus agobiantes deberes. La Universidad había ce-



rrado sus puertas, y todos los médicos de la facultad ayudaban a combatir la epidemia tifoide. El doctor Halsey se había distinguido de un modo especial por su sacrificado esfuerzo, aplicando con fervorosa energía sus eficaces conocimientos y su experiencia a muchos casos que otros hubieran abandonado por temor al contagio o por su aparente incurabilidad. Antes de que hubiera transcurrido un mes, el valiente director se había convertido en un héroe popular, aunque él no parecía darse cuenta de su fama mientras luchaba contra el colapso del cansancio físico y el agotamiento nervioso. West no podía reprimir su admiración por la fortaleza de su adversario, pero esto era un motivo más para que deseara demostrarle la certeza de sus sorprendentes teorías. Aprovechando la desorganización existente en la Universidad y en la reglamentación sanitaria municipal, se las arregló una noche para introducir furtivamente el cadáver de un hombre recién fallecido a la sala de disección de la Universidad y, en presencia mía, le inyectó con su nueva fórmula modificada. La cosa abrió los ojos, pero se limitó a mirar fijamente el techo con una expresión que petrificaba el alma de horror, antes de derrumbarse en un estado inerte del que nada pudo sacarle. West dijo que no estaba suficientemente fresco; el cálido aire del verano no favorece a los cadáveres. Aquella vez casi fuimos descubiertos antes de incinerar la cosa, y West consideró poco prudente repetir su audaz uso del laboratorio de la Universidad.

El ápice de la epidemia llegó en agosto. West y yo estábamos casi muertos, y el doctor Halsey falleció el día catorce. Todos los estudiantes asistieron al apresurado entierro, que tuvo lugar el día 15, y compraron una impresionante corona, aunque esta última quedó empequeñecida por las que aportaron los ciudadanos ricos de Arkham y la propia municipalidad. El entierro fue casi una manifestación pública, ya que el director había sido evidentemente un benefactor público. Después del sepelio, todos quedamos un poco deprimidos, y pasamos la tarde en el bar de la Lonja Mercantil, donde West, aunque impresionado por la muerte de su principal antagonista, nos estuvo escalofriando con referencias acerca de sus conocidas teorías. A medida que avanzaba la tarde, la mayoría de los estudiantes se marcharon a sus diversas tareas, pero West me convenció para que le ayudara a "aprovechar la noche". La casera de West nos vio llegar a su cuarto alrededor de los dos de la mañana, con un tercer hombre entre nosotros, y le dijo a su marido que por lo visto habíamos estado comiendo y bebiendo más de la cuenta.

Al parecer, la avinagrada matrona estaba en lo cierto, ya que a eso de las tres de la mañana toda la casa se despertó por unos gritos procedentes del cuarto de West, donde, después de echar la puerta abajo, nos encontraron a los dos inconscientes sobre la alfombra manchada de sangre, golpeados, arañados y magullados, con los restos de las botellas y de los

! he 'has been careful -  
he is the author of real  
under the blue-bound treaty?  
the strength of his reputation  
to speak before some club

instrumentos de West rotos alrededor de nosotros. Sólo una ventana abierta señalaba el camino seguido por nuestro agresor, y muchos se preguntaron cómo había podido huir después del horrendo salto que tuvo que haber dado desde el segundo piso hasta el césped. En la habitación había algunos inauditos ropajes, pero al recobrar West el conocimiento dijo que no pertenecían al desconocido, sino que se trataba de prendas recogidas para su análisis bacteriológico en el curso de las investigaciones sobre la propagación de los gérmenes de la enfermedad. Les ordenó que las quemaran lo antes posible en la espaciosa chimenea. Ante la policía, ambos declaramos ignorar la identidad de nuestro último compañero. Él era, dijo nerviosamente West, un amistoso desconocido a quien habíamos encontrado en un bar del centro cuyo emplazamiento no podíamos precisar. Estábamos todos un poco alegres, y ni West ni yo deseábamos que nuestro belicoso compañero fuera rastreado.

Aquella misma noche empezó el segundo horror de Arkham; un horror que para mí eclipsó a la propia epidemia. El cementerio de la Christ Church fue escenario de un terrible asesinato; uno de los vigilantes había sido desgarrado hasta la muerte de un modo no sólo demasiado espantoso para ser descrito, sino capaz, incluso, de despertar serias dudas acerca de la naturaleza humana del agresor. La víctima había sido vista con vida mucho después de la medianoche, y el amanecer reveló el inenarrable suceso. El encargado de un circo que se encontraba en el vecino pueblo de Bolton fue interrogado, pero juró que ninguna de las fieras se había fugado de su jaula en ningún momento. Los que descubrieron el cadáver observaron un rastro de sangre que conducía hasta la fosa común donde un pequeño charco rojo se veía en el cemento inmediato a la reja de entrada. Otro rastro más débil salía del cementerio y se dirigía al bosque cercano, pero se desvaneció pronto.

A la noche siguiente los demonios danzaron sobre los tejados de Arkham, y una locura sobrenatural aulló en el viento. A través del enfriado pueblo se arrastraba una maldición que algunos dijeron era mayor que la plaga y que, alguien susurró, era el alma demoníaca encarnada de la plaga misma. Ocho hogares fueron visitados por una cosa indecible que sembró muerte roja a su paso; en total, diecisiete mutilados y deformados restos de cuerpos fueron dejados por el silencioso y sádico monstruo, que reptaba fuera de su morada. Unas cuantas personas le habían vislumbrado en la oscuridad y dijeron que era blanco y semejante a un mono deforme o a un demonio antropomórfico. No había dejado detrás de él todo lo que había atacado, ya que a veces había estado hambriento. El número de los asesinados ascendía a catorce; tres de los cadáveres pertenecían a hogares atacados por la epidemia y ya estaban muertos al ser agredidos.

La tercera noche, bandas de frenéticos cazadores, dirigidas

por la policía, lo capturaron en una casa de la Calle Crane, cerca del edificio de la Universidad Miskatonic. Habían organizado minuciosamente la búsqueda, manteniéndose en contacto por medio de puestos telefónicos de voluntarios, y cuando alguien del distrito de la Universidad informó que había oído un rascar en una ventana cerrada, la red fué rápidamente tendida. Gracias a las precauciones adoptadas y al estado general de alarma, sólo hubo otras dos víctimas. La cosa fue detenida finalmente por una bala, que no resultó mortal, y fué apresuradamente trasladada al hospital local en medio de universal excitación y repugnancia.

Había sido un hombre. El hecho era evidente a pesar de los repugnantes ojos, la simiesca mudez y el salvajismo demoníaco. Curaron la herida y lo despacharon al manicomio de Sefton, donde azotó su cabeza contra las paredes de una celda acolchada por espacio de dieciséis años hasta que ocurrió la reciente desgracia, cuando escapó en circunstancias que a muy pocos les agrada mencionar. Lo que más había disgustado a los ciudadanos de Arkham fue lo que observaron después de haber lavado la cara del monstruo: el grotesco e increíble parecido con un eminente y bondadoso mártir quien había sido enterrado solo tres días antes; el difunto doctor Allan Halsey, bienhechor público y director de la facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic.

Para el esfumado Herbert West y para mí, el disgusto y el horror fueron inconcebibles. Me estremezco esta noche al pensar en ello, me estremezco incluso más de lo que me estremecí aquella mañana, cuando West murmuró a través de sus vendajes:

—¡Maldición! ¡No era aún lo bastante fresco!

### III. SEIS DISPAROS A LA LUZ DE LA LUNA

No es común disparar con gran brusquedad los seis tiros de un revólver cuando lo más probable es que uno sea suficiente, pero en la vida de Herbert West había muchas cosas que no eran comunes. No es común, por ejemplo, el que un joven médico recién salido de la Facultad se vea obligado a ocultar los principios que le guían en la elección de un hogar y un consultorio, pero ése era el caso de Herbert West. Cuando él y yo obtuvimos nuestros títulos en la facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic, y decidimos aliviar nuestra pobreza dedicándonos a la práctica de la medicina general, procuramos, con gran cuidado, no decir que escogíamos nuestra casa debido a que se hallaba completamente aislada y lo más cerca posible del cementerio de los pobres. Reticencias de esta clase rara vez carecen de motivo y la nuestra lo tenía, puesto que nuestros requerimientos resultaban de la dedicación a una tarea claramente impopular. De puertas afuera éramos solamente médicos, pero bajo la superficie tendíamos a un objetivo mucho más amplio y más terrible, ya que la base de la existencia de Herbert

another Bush order -  
poor devil was in a  
quired the name of a port in  
any, save his revised  
L.O.T.

West era una investigación de los oscuros y prohibidos reinos de lo desconocido, donde esperaba descubrir el secreto de la vida y devolver la animación perpetua a la fría arcilla de la tumba. Tal búsqueda requiere de materiales insólitos, entre ellos cadáveres humanos recientes; y con el propósito de estar abastecidos de estos indispensables objetos, uno debe vivir aislado y no lejos de algun lugar de sepulturas informales.

West y yo nos habíamos conocido en la Universidad, y yo fui el único que simpatizó con sus espantosos experimentos. Paulatinamente me convertí en su inseparable ayudante, y ahora que habíamos salido de la Universidad teníamos que continuar juntos. No era fácil encontrar una buena oportunidad para dos médicos novatos y asociados; pero, finalmente, la influencia de la Universidad nos proporcionó un consultorio en Bolton, una ciudad industrial próxima a Arkham, sede de la Universidad. Las Fábricas de Hilados de Bolton son las más importantes del valle Miskatonic, y sus políglotas empleados no han sido nunca demasiado apreciados como pacientes por los médicos locales. Escogimos nuestra casa con el mayor cuidado, decidiéndonos a última hora por una pequeña cabaña un tanto deteriorada, situada al final de la Calle Pond a cinco números del vecino más próximo y separada de la hoyanca local únicamente por una franja de prado, bisectada por una estrecha extensión del denso bosque que asciende hacia el Norte. La distancia era mayor de lo que hubiésemos deseado, pero no pudimos obtener otra casa más cercana sin ir al otro lado del cementerio, completamente fuera de los límites del distrito. Sin embargo, no estábamos descontentos del todo, ya que entre nosotros y nuestra siniestra fuente de suministros no vivía nadie. El trayecto era un poco largo, pero podíamos arrastrar nuestros silenciosos ejemplares sin ser molestados.

Nuestra clientela fué sorprendentemente grande desde el primer día; lo bastante grande como para complacer a la mayoría de médicos jóvenes y suficientemente grande como para convertirse en un fastidio y una carga para unos estudiosos cuyo verdadero interés estaba en otra parte. Los obreros eran de unas inclinaciones más bien turbulentas; y además de sus muchas enfermedades naturales, sus frecuentes disputas y heridas en riñas nos daban mucho trabajo. Pero lo que en realidad absorbía nuestras mentes era el laboratorio secreto que habíamos instalado en la bodega; el laboratorio con la alargada mesa debajo de las lámparas eléctricas, donde a primeras horas del amanecer inyectábamos a menudo las diversas soluciones de West en las venas de las cosas que sacábamos del cementerio. West estaba experimentando furiosamente para encontrar algo que restableciera los movimientos vitales del hombre, después de haber sido interrumpidos por aquello que llamamos muerte, pero había encontrado los más amedrentadores obstáculos. La solución tenía que ser compuesta de modo distinto para los diferentes tipos; la que servía para los conejillos de India no

servía para los seres humanos, y diversos ejemplares requerían grandes modificaciones.

Los cadáveres tenían que ser exageradamente frescos ya que la más leve descomposición del tejido cerebral hacía imposible la reanimación perfecta. En realidad, el mayor problema consistía en obtener cadáveres lo bastante frescos. West había vivido experiencias horribles durante sus investigaciones secretas en su época de estudiante, con cadáveres de dudosa frescura. Los resultados de la animación parcial o imperfecta eran mucho más espantosos que los fracasos totales, y ambos conservábamos terribles recuerdos de tales cosas. Desde nuestra primera sesión demoníaca en la desierta granja de la Colina del Prado, en Arkham, habíamos sentido una impalpable amenaza a nuestro alrededor; y West, a pesar de ser una especie de autómata científico tranquilo, rubio y de ojos azules, en la mayor parte de sus actividades, confesaba a menudo una estremecedora sensación de implacable acoso. Se sentía perseguido, una alucinación psicológica provocada por los desquiciados nervios y alimentada por el innegable e inquietante hecho de que al menos uno de nuestros ejemplares reanimados, continuaba vivo en la forma de un espantoso ser carnívoro encerrado en una celda acolchada del manicomio de Sefton. Había también otro, el primero, cuyo destino exacto no habíamos llegado a conocer.

En Bolton tuvimos mucha suerte con nuestros ejemplares, mucha más que en Arkham. Llevábamos menos de una semana establecidos allí cuando conseguimos traernos a la víctima de un accidente la misma noche de su entierro, y le hicimos abrir los ojos con una sorprendente expresión racional antes de que fallara la solución. Había perdido un brazo, si hubiera sido un cadáver perfecto, tal vez hubiésemos obtenido más éxito. Desde entonces y hasta el siguiente mes de enero, obtuvimos otros tres cadáveres. En uno de ellos fracasamos por completo, en otro conseguimos un visible movimiento muscular, y en el tercero conseguimos algo bastante escalofriante ya que el cadáver se incorporó y emitió un sonido. Luego siguió un período en que la suerte fué mala; los entierros eran escasos, y los que se producían eran de ejemplares demasiado estropeados por la enfermedad o demasiado mutilados como para que pudiésemos aprovecharlos. Nos manteníamos informados de todas las muertes y de sus circunstancias con un sistemático cuidado.

Inesperadamente, una noche de marzo obtuvimos un ejemplar que no procedía del cementerio. En Bolton, la tradición puritana había declarado ilegal el deporte del boxeo, con el resultado habitual. Los combates subrepticios y mal controlados entre obreros aficionados eran frecuentes, y ocasionalmente se importaba a un profesional de poca categoría. En esta última noche de invierno, había habido uno de aquellos combates, con resultados evidentemente desastrosos pues timoratos polacos acudieron a nosotros susurrando incoherentemente súplicas para que fuéramos a atender un caso muy secreto y desesperado. Les seguimos hasta un granero abandonado, donde los

restos de una multitud de aturdidos extranjeros contemplaban una silenciosa forma negra tendida en el suelo.

El combate había tenido como protagonistas a Kid O'Brien un joven patán, ahora tembloroso con una nariz irlandesa extremadamente ganchuda, y Buck Robinson, "El Humo de Harlem". El negro había sido noqueado, y un rápido reconocimiento nos permitió comprobar que nunca recobraría el sentido. Era un ser repulsivo, de aspecto gorileco, brazos anormalmente largos que no habría podido evitar llamar proto piernas, y un rostro que evocaba pensamientos de los indecibles secretos del Congo y el sonido de los tambores batidos bajo una luna fantasmal. El cuerpo debió verse todavía peor en vida, pero el mundo contiene muchas cosas feas. Aquella lastimosa multitud se encontraba bajo los efectos del temor, ya que ignoraban lo que la ley haría con ellos, si el asunto no se ocultaba. De modo que todos se sintieron muy agradecidos cuando West, a pesar de mi involuntario estremecimiento, se ofreció a librarles del cadáver en secreto, con una finalidad que yo conocía perfectamente.

Sobre el frío paisaje sin nieve brillaba la luna, pero West y yo vestimos el cadáver y lo transportamos a casa a través de las calles desiertas y el prado, tal como habíamos transportado una carga similar otra horrible noche, en Arkham. Llegamos a la casa por el campo trasero, metimos el cadáver por la puerta de servicio, lo bajamos a la bodega por la escalera y nos preparamos para el habitual experimento. Nuestro temor a la policía era absurdamente intenso, a pesar de que habíamos cronometrado el tiempo para evitar al solitario patrullero de aquel barrio.

El resultado constituyó un aburrido anticlimax. A pesar del aspecto espantoso de nuestro trofeo, fué totalmente inerte a todas las soluciones que inyectamos en su negro brazo, soluciones preparadas para experimentar únicamente con ejemplares blancos. De modo que al acercarse nuestro tiempo peligrosamente al alba, hicimos lo que habíamos hecho con los otros; arrastramos la cosa a través del prado hasta el istmo del bosque cercano al cementerio y la enterramos en el mejor remedo de tumba que el helado suelo podía proporcionar. La sepultura no era muy profunda, aunque sí tan adecuada como la del anterior ejemplar; el cadáver que se había incorporado y emitido un sonido. A la luz de nuestras linternas sordas cubrimos cuidadosamente la tumba con ramas y hojas secas, convencidos de que la policía no la encontraría nunca en un bosque tan intrincado y denso como aquél.

Al día siguiente me sentía más aprensivo por la policía, ya que un paciente trajo rumores acerca de un combate clandestino que había provocado una muerte. West tenía una fuente más de preocupación, ya que por la tarde había sido llamado para efectuar una visita profesional que terminó de un modo muy amenazador. Una mujer italiana había sufrido un ataque de histeria a causa de la pérdida de su hijo, un niño de cinco

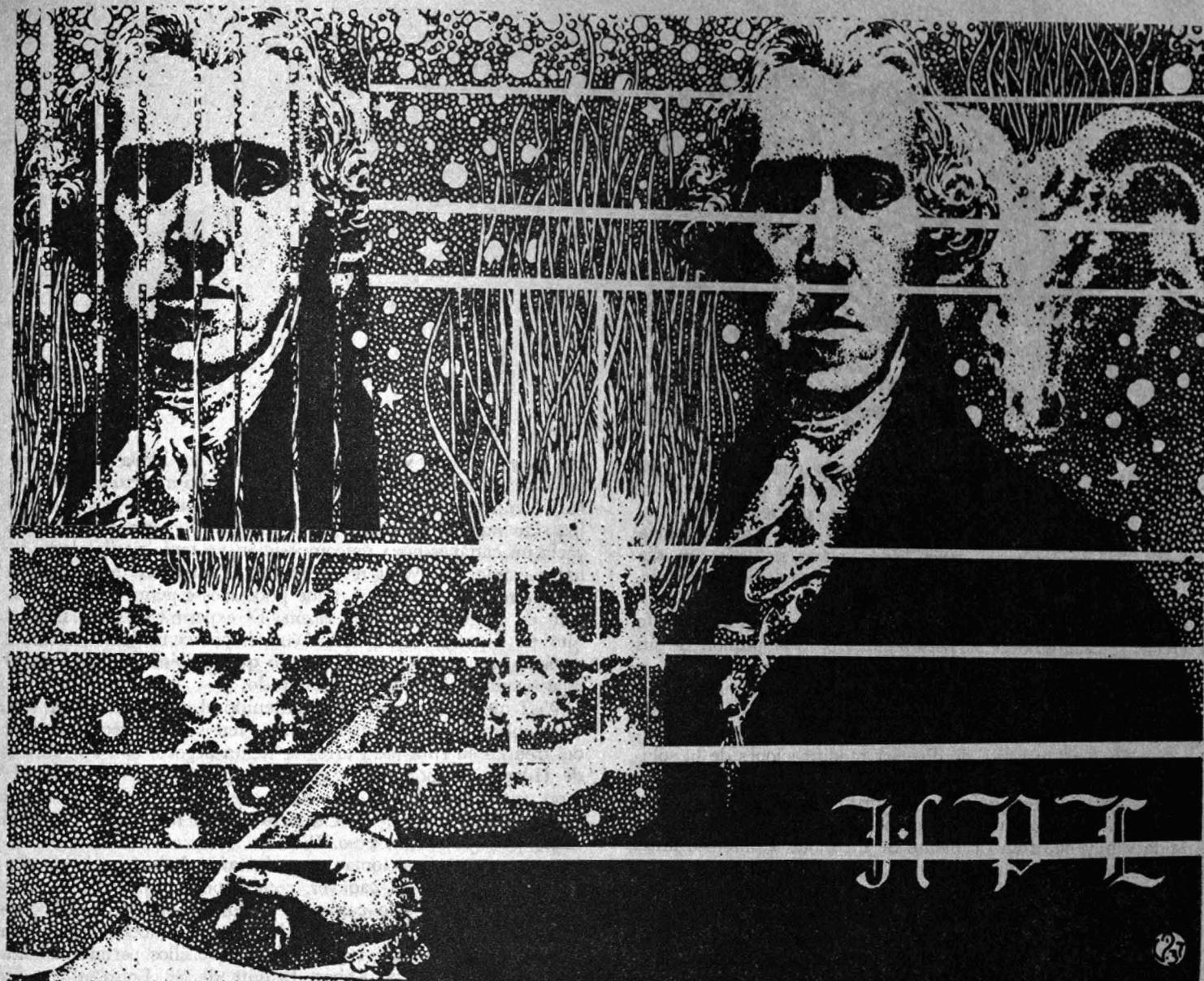
años que se había extraviado por la mañana, a primera hora, y no había ido a cenar. La mujer había presentado síntomas muy alarmantes para un corazón que siempre había sido débil. Era una histeria muy tonta, ya que no era la primera vez que el pequeño vagabundo se pasaba un día entero fuera de casa, pero los campesinos italianos son extremadamente supersticiosos, y aquella mujer parecía estar más impresionada por sus presentimientos que por los hechos. Alrededor de las siete de la noche, la mujer falleció y su enloquecido marido había hecho una espantosa escena con sus esfuerzos para matar a West, al cual maldecía salvajemente por no haber salvado la vida de su esposa. Unos amigos le sujetaron cuando empuñó una navaja, pero West salió de la casa perseguido por sus gritos inhumanos, maldiciones y juramentos de venganza. En su aflicción, el individuo parecía haberse olvidado de su hijo, el cual continuaba sin aparecer conforme avanzaba la noche. Se habló de dar una batida en el bosque, pero la mayor parte de los amigos de la familia estaban ocupados con la difunta y su trastornado marido. Con todo esto, la presión nerviosa sobre West debe haber sido tremenda, y no era para menos; a la preocupación por una posible intervención de la policía había venido a sumarse el temor a la reacción del enloquecido italiano.

Nos acostamos alrededor de las once, pero me resultó imposible conciliar el sueño. Bolton contaba con un departamento de policía sorprendentemente bueno tratándose de una ciudad tan pequeña, y me intranquilizaba pensar en el lío que se armaría si el asunto de la noche anterior fuera descubierto. Podía significar el final de nuestros trabajos en la localidad y tal vez la cárcel tanto para West como para mí. No me gustaban los rumores que corrían acerca de un combate clandestino. Cuando el reloj dio las tres, un rayo de luna cayó directamente sobre mis ojos pero di media vuelta sin levantarme a echar la persiana. Entonces oí un golpeteo constante en la puerta trasera.

Permanecía inmóvil y algo amodorrado, pero pronto oí el toque de West en mi puerta. Iba vestido con bata y pantuflas, y llevaba en las manos un revólver y una linterna eléctrica. Por el revólver supe que pensaba más en el enloquecido italiano que en la policía.

"—Será mejor que bajemos los dos—" susurró. "No me gustaría dejar de abrir, puede ser un paciente, sería muy propio de alguno de estos tontos el tratar de entrar por la puerta de atrás".

Así que bajamos ambos la escalera de puntillas, con un miedo en parte justificado y en parte el que viene del alma en las horribles horas de la madrugada. El golpeteo continuaba, haciéndose algo más intenso. Cuando llegamos a la puerta le quité cuidadosamente el cerrojo y la abrí de golpe y cuando la luz de la luna iluminó de lleno la oscura silueta que apareció ante nuestros ojos, West hizo una cosa muy rara. A pesar del evidente peligro de llamar la atención y atraer sobre nuestras cabezas la tan temida investigación de la policía —un peligro



J. H. P.

23

que, después de todo estaba piadosamente minimizado por el relativo aislamiento de nuestra vivienda— mi amigo descargó brusca, excitada e innecesariamente los seis tiros de su revólver contra el visitante nocturno.

Y es que aquel visitante no era italiano ni policía. Recostado espantosamente contra la luna espectral se erguía un ser deforme y gigantesco, que no debía ser imaginado fuera de una pesadilla, una aparición de ojos vidriosos, negra como la tinta, casi a gatas, cubierta de trozos de tierra, hojarasca y ramas, atascado de sangre seca, que sostenía entre sus brillantes dientes un terrible objeto cilíndrico, blanco como la nieve, terminado en una mano diminuta.

#### IV. EL GRITO DEL MUERTO

El grito de un hombre muerto me insufló el agudo y creciente horror hacia el doctor Herbert West que empañó los últimos años de nuestra relación. Es natural que algo como el grito de un hombre muerto produzca un fuerte horror, ya que obviamente se trata de un hecho desagradable y anormal; pero yo estaba acostumbrado a experiencias semejantes, y lo que en esta ocasión sufrí se debió solamente a una circunstancia particular, pero como he implicado, no fué del hombre muerto de lo que adquirí miedo.

Herbert West, de quien yo era socio y ayudante, tenía intereses científicos que trascendían con mucho a la habitual ru-

tina de un médico de pueblo. Por eso, cuando estableció su consultorio en Bolton, escogió una casa aislada cercana al cementerio. Dicho abrupta y brevemente, el único interés que absorbía a West era el estudio secreto del fenómeno de la vida y de su interrupción, dirigido hacia la posibilidad de reanimar a los muertos mediante inyecciones de una solución estimulante. Para esta horrible experimentación era necesario disponer de un constante suministro de cadáveres humanos muy frescos, lo más frescos posible, ya que la menor descomposición dañaba irremediablemente la estructura del cerebro; y humanos, porque habíamos descubierto que la solución tenía que ser de diversa composición para los diversos tipos de organismos. Veintenas de conejos y conejillos de India, habían sido muertos y tratados, pero los resultados obtenidos habían sido escasos.

West no había conseguido nunca un éxito absoluto, debido a que no había podido disponer de un cadáver lo bastante reciente. Lo que necesitaba eran cuerpos de los que la vitalidad acabara justo de partir, cuerpos con todas las células intactas y capaces de recibir de nuevo el impulso hacia aquella clase de movimiento llamado vida. Existía la esperanza de que esa segunda vida artificial pudiera perpetuarse mediante repeticiones de la inyección, pero habíamos descubierto que una vida normal y natural no respondía al tratamiento. Para establecer el movimiento artificial, la vida natural debía estar extinguida. Los ejemplares tenían que ser muy recientes, pero absolutamente muertos.



La horrible investigación había empezado cuando West y yo éramos estudiantes de la facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic, de Arkham, vívidamente conscientes de la naturaleza completamente mecánica de la vida. Aquello había ocurrido siete años antes, pero West apenas se veía un día más viejo ahora; era bajito, rubio, de rostro totalmente afeitado, con ojos azules, lentes y suave voz; sólo por un ocasional relámpago de un frío ojo azul se podía atisbar el endurecimiento y creciente fanatismo de su personalidad bajo la presión de sus terribles investigaciones. Nuestras experiencias habían sido, a menudo, extremadamente odiosas, resultados de la reanimación deficiente, cuando bultos del barro del cementerio se habían galvanizado para convertirse en movimiento descerebrado, moribundo, antinatural, a causa de diversas modificaciones de la solución vital.

Un cadáver había proferido un grito escalofriante; otro se había levantado violentamente, golpeándonos hasta dejarnos sin sentido y huyendo frenéticamente de un modo asombroso antes de que pudiera ser colocado tras las rejas de un manicomio; otro más, una horrenda monstruosidad africana, había desgarrado su tumba saliéndose de ella y devorado a un niño, West tuvo que matar de nuevo aquel objeto a tiros. No habíamos podido obtener cadáveres lo bastante frescos como para que mostraran algún trazo de razón al ser reanimados, de modo que el resultado de nuestros experimentos había sido la creación de horrores sin nombre. Era inquietante pensar que uno, o tal vez dos, de nuestros monstruos seguía viviendo y esa idea no dejó de acosarnos tenebrosamente, hasta que finalmente West desapareció en circunstancias espantosas. Pero en la época del grito en el laboratorio instalado en la bodega de la aislada casita de Bolton, nuestros temores estaban subordinados a nuestra avidez por obtener cadáveres sumamente frescos. West se mostraba mucho más ávido que yo, hasta el punto de que me pareció notar que miraba con un extraño brillo de codicia en los ojos a todos los hombres vivos y saludables. Fue en el mes de julio de 1910, cuando la mala suerte en lo que respecta a la obtención de ejemplares empezó a cambiar. Había hecho una larga visita a mis padres, en Illinois, y a mi regreso encontré a West en un estado de jubilosa exaltación. Había logrado, al parecer, me contó emocionadamente, resolver el problema de la frescura enfocándolo desde un ángulo completamente nuevo; el de la conservación artificial. Yo sabía que estaba trabajando en un nuevo y muy especial preparado para embalsamar los cadáveres y no me sorprendió que hubiera dado resultado; pero hasta que me explicó los detalles, me sentí algo intrigado sobre cómo dicho preparado podía ayudar en nuestro trabajo, dado que el indeseado deterioro de los ejemplares se producía principalmente antes de que consiguiéramos hacernos de ellos. Esto, debo ahora decirlo, lo había West admitido claramente, al crear su preparado para embalsamar para un uso futuro más que inmediato, y confiando en que el destino proporcionara un cadá-

ver muy reciente y sin enterrar, como lo había hecho años antes cuando obtuvimos al negro que resultó muerto en un combate clandestino de boxeo en Bolton. Finalmente, la suerte había sido amable con él, y en el laboratorio secreto del sótano yacía un cadáver cuya descomposición no tenía posibilidades de haberse iniciado. West no se atrevía a predecir qué sucedería al reanimar el cadáver, aunque podíamos esperar con la reactivación de la mente y de la razón. El experimento marcaría un hito en nuestros estudios, y West había conservado el nuevo cadáver hasta mi regreso, de modo que pudiésemos compartir el espectáculo, del modo acostumbrado.

West me contó cómo había obtenido el ejemplar. Había sido un hombre vigoroso; un forastero bien vestido, recién apeado del tren en su ruta para arreglar algún negocio con las fábricas de Hilados de Bolton. La caminata por el pueblo había sido larga y cuando el viajero se había detenido en nuestra cabaña para preguntar dónde se encontraban las fábricas, su corazón había trabajado en exceso. West le había ofrecido un estimulante, que se negó a tomar, y un instante después se había desplomado, muerto. El cadáver, como podría esperarse, le pareció a West un regalo caído del cielo. En su breve conversación, el forastero había explicado que no conocía a nadie en Bolton, y un posterior registro de sus bolsillos permitió identificarle como a un tal Robert Leavitt, de St. Louis, al parecer sin familiares que pudieran hacer investigaciones sobre su desaparición. Si el hombre no podía ser devuelto a la vida, nadie se enteraría de nuestro experimento. Enterráramos los restos en el denso istmo de bosque situado entre la casa y el cementerio. En cambio, si teníamos éxito, nuestra fama quedaría brillante y perpetuamente establecida. De modo que West había inyectado sin dilación en la muñeca del cadáver el preparado que lo mantendría fresco y listo para el uso hasta mi llegada. El problema de la presunta debilidad del corazón, que a mi entender ponía en peligro el éxito de nuestro experimento, no parecía inquietar demasiado a West. Esperaba obtener finalmente lo que no había obtenido hasta entonces: un reavivado chispazo de razón, y quizás una criatura viva y normal. Así es que, en la noche del 18 de julio de 1910, Herbert West y yo bajamos al laboratorio del sótano y contemplamos una figura blanca y silenciosa tendida bajo la deslumbrante luz del arco voltaico. El preparado embalsamador había trabajado misteriosamente bien, ya que al contemplar fascinado la robusta forma que yacía allí desde hacía dos semanas sin alcanzar rigidez alguna, me sentí impulsado a buscar que West me asegurara que el individuo había muerto de veras. Me lo aseguró rápidamente, recordándome que la solución reanimante no se utilizaba nunca sin cuidadosas pruebas de ausencia de vida, pues no tenía efectos si algo de la vitalidad original estaba presente. Mientras West empezaba con los preparativos, quedé impresionado por la complejidad del nuevo experimento; una complejidad tan enorme que West no podía confiar en ninguna

*... we most shamelessly  
hath swollen whilst my head  
voluntary heroick - but as  
versifier. Day before yesterday  
I had been unusually wretched -  
each other had reduced me to  
had fallen asleep in my chair,  
in the postman came Monday,  
we down & die" for good -*

mano menos delicada que la suya. Prohibiéndome tocar el cadáver, inyectó primero una droga en la muñeca, al lado mismo del lugar donde su aguja había pinchado al inyectar el preparado embalsamador. La droga, dijo, debía neutralizar el preparado y provocar en el organismo una relajación normal, de modo que la solución reanimante actuara libremente al ser inyectada. Poco después, cuando un cambio y un leve temblor parecieron afectar a los miembros muertos, West colocó violentamente una especie de almohada sobre el tremolante rostro, sin apartarlo de allí hasta que el cadáver quedó completamente inmóvil y listo para nuestro intento de reanimación. El pálido entusiasta efectuó las últimas pruebas descuidadas para convenirse de que la muerte era total, se refirió satisfecho, y finalmente inyectó en el brazo izquierdo una cantidad cuidadosamente medida del exilir vital, preparado durante la tarde con un cuidado mayor del que había usado en nuestros días estudiantiles, cuando nuestras proezas eran nuevas y vacilantes. No puedo expresar la terrible, inmóvil ansiedad con que aguardamos los resultados en aquel cadáver, por primera vez realmente reciente; el primero que nos permitía tener razonables esperanzas de que abriera sus labios para hablar de un modo coherente, quizá para contarnos lo que había visto más allá del insondable abismo.

West era un materialista que no creía en el alma y atribuía todo el funcionamiento de la conciencia a fenómenos corporales; en consecuencia, no esperaba ninguna revelación de espantosos secretos de las vorágines y cavernas existentes más allá de la barrera de la muerte. Por mi parte, a pesar de que en teoría estaba de acuerdo con él, conservaba unos vagos e instintivos residuos de la primitiva fe de mis mayores, de modo que no podía evitar el mirar el cadáver con cierta pavorosa y tremenda expectación. Además, no podía apartar de mi memoria aquel espantoso e inhumano grito que oímos la noche que efectuamos nuestro primer experimento en la granja desierta de Arkham.

Poco tiempo transcurrió antes de que me diera cuenta que la tentativa no iba a ser un fracaso total. Un toque de color asomó a las mejillas hasta entonces pálidas como el gis y se extendió bajo la curiosamente amplia mata de amarillenta barba. West, que tenía su mano sobre el pulso de la muñeca izquierda del cadáver, movió repentinamente la cabeza de un modo significativo, y casi simultáneamente el espejo colocado delante de la boca del muerto se empañó. A esto siguieron unos cuantos movimientos musculares espasmódicos, y luego una respiración audible y un visible movimiento del pecho. Miré los cerrados párpados, y creí detectar un leve temblor. Luego los párpados se abrieron dejando al descubierto unos ojos grises, tranquilos y vivos, pero carentes de inteligencia y aún de curiosidad.

En un momento de fantástico impulso, empecé a susurrar preguntas a los oídos cada vez más coloreados del resucitado; pre-

guntas acerca de otros mundos, cuyo recuerdo podía estar todavía presente. El subsiguiente terror las borró de mi mente, pero creo que la última, que repetí varias veces, fue: "¿Dónde ha estado usted?" No sé todavía si recibí o no alguna respuesta, ya que de la boca perfectamente modelada no surgió ningún sonido; pero sé que en aquel momento quedé firmemente convencido de que los delgados labios se movían silenciosamente, formando sílabas que yo habría vocalizado como "sólo ahora", si aquella frase hubiese poseído algún sentido o pertinencia. En aquel momento, como digo, me sentí transportado por el convencimiento de que el gran objetivo había sido alcanzado, y de que, por primera vez, un cadáver reanimado había pronunciado unas palabras claras dictadas por la razón. En el siguiente momento no hubo duda acerca del triunfo; ninguna duda de que la solución había cumplido, al menos temporalmente, su misión completa de devolver la vida racional y articulada a un muerto. Pero, con aquel triunfo, me llegó el mayor de todos los horrores; no el horror del ser que hablaba, sino de la proeza de que había sido testigo y del hombre al cual estaba unida mi suerte profesional.

Ya que aquel cadáver, retorciéndose al fin con absoluta y terrorífica conciencia, con los ojos dilatados ante el recuerdo de su última escena en la tierra, agitó las manos en una frenética y desesperada lucha de vida o muerte con el aire; y repentinamente se derrumbó en una segunda y final disolución de la cual no podía haber retorno, profiriendo aquel grito que resonará eternamente en mi atormentado cerebro:

"¡Auxilio! ¡Suéltame, maldito demonio rubio! ¡Aparta esa condenada aguja de mi brazo!"

## V. EL HORROR DESDE LAS SOMBRAS

Muchos hombres han relatado cosas espantosas, no mencionadas en letra impresa, que ocurrieron en los campos de batalla de la Gran Guerra. Algunas de esas cosas me han hecho desmayar, otras me han convulsionado con horribles náuseas, y otras me han hecho temblar y mirar detrás de mí en la oscuridad; sin embargo, a pesar de las peores de ellas, creo que puedo relatar la más horrenda cosa de todas, el impresionante, antinatural increíble horror venido de las sombras.

En 1915, me encontraba en Flandes como médico, con el grado de primer teniente en un regimiento canadiense; era uno de los numerosos norteamericanos que precedieron al propio gobierno en la gigantesca lucha. No había ingresado en el ejército por iniciativa mía, sino más bien como resultado lógico del alistamiento y del hombre del cual era indispensable ayudante: el célebre especialista en cirugía de Boston, doctor Herbert West. El doctor West había acogido ávidamente la oportunidad de servir como cirujano en una gran guerra, y cuando llegó la ocasión me había llevado con él casi contra mi voluntad. Existían motivos por los cuales me hubiese alegrado dejar

Chronological system I as  
But when all this  
my breach of schedule is  
at such a nervous tension  
interesting correspondence  
What is not the tension

que la guerra nos separase; motivos que me hacían encontrar cada vez más repulsiva la práctica de la medicina y la compañía de West; pero cuando West regresó de Ottawa, donde a través de la influencia de un colega consiguió una comisión médica como Mayor, no pude resistir la imperiosa persuasión de alguien firmemente determinado a que le acompañara en mi papel usual.

Al decir que el doctor West sentía avidez por servir en batalla, no trato de insinuar que poseyera un temperamento bélico, ni que gustara por naturaleza de la guerra o que estuviera preocupado por la seguridad de la civilización. Siempre fue una máquina intelectual fría como el hielo; delgado, con cabellos rubios y ojos azules, usaba anteojos y creo que se mofaba secretamente de mis ocasionales arrebatos marciales y censuras de indolente neutralidad. Sin embargo, en los campos flamencos de batalla había algo que el doctor West deseaba; y, a fin de asegurárselo, tuvo que asumir un exterior militar. Lo que deseaba no era cosa que deseen muchas personas, sino algo relacionado con la rama especial de la ciencia médica a la cual se dedicaba clandestinamente, y en la que había conseguido sorprendentes, y ocasionalmente espantosos, resultados. Se trataba de hecho, de obtener nada más y nada menos que un abundante suministro de hombres recién muertos en todo posible estado de desmembramiento.

Herbert West necesitaba cadáveres frescos porque la tarea a la que dedicaba su vida era la reanimación de los muertos. Una tarea desconocida por la elegante clientela que había creado rápidamente su fama tras de su llegada a Boston, pero demasiado bien conocida por mí, quien había sido su amigo más íntimo y su único ayudante desde nuestros viejos días de estudiantes en la facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic, de Arkham. Fué en aquellos días de escuela cuando había iniciado sus terribles experimentos, primero con animales pequeños y luego con cadáveres humanos obtenidos por medios inconfesables. Había inventado una solución que inyectaba en las venas de los seres muertos, y si eran lo suficientemente frescos reaccionaban de modos sorprendentes. Le había costado mucho trabajo descubrir la fórmula adecuada, pues se encontró que cada tipo de organismo necesitaba un estímulo especialmente adaptado para él. El terror lo apesaba cuando reflexionaba sobre sus fracasos parciales, seres indescriptibles surgidos de una solución imperfecta o de cadáveres demasiado descompuestos. Cierta número de aquellos fracasos habían permanecido vivos —uno de ellos estaba en un manicomio, en tanto que los otros se habían desvanecido— y al pensar en concebibles aunque virtualmente imposibles eventualidades, se estremecía a menudo bajo su habitual aspecto de impasibilidad.

West no había tardado en darse cuenta de que la frescura era el principal requisito para que los cadáveres fueran aprovechables, y en consecuencia había recurrido a espantosos y antinaturales procedimientos para procurarse cuerpos. En la

Universidad, y durante nuestros primeros tiempos de ejercicio en el pueblo industrial de Bolton, mi actitud hacia él tuvo mucho de fascinada admiración; pero a medida que aumentaba la osadía de sus métodos, empecé a experimentar un corrosivo temor. No me gustaba su modo de mirar a los cuerpos vivos y llenos de salud; y luego viví una sesión de pesadilla en el laboratorio del sótano, al enterarme de que un determinado ejemplar estaba vivo cuando West se apoderó de él. Aquella fue la primera vez que West fue capaz de devolverle a un cadáver la facultad de pensar de un modo racional; y su éxito, obtenido a tan repugnante precio, había acabado de endurecerle.

De sus métodos en los cinco años intermedios no me atrevo a hablar. Yo estaba atado a él por la pura fuerza del temor, y presencié espectáculos que ninguna lengua humana podría repetir. Paulatinamente llegué a encontrar a Herbert West más horrible que cualquiera de las cosas que hacía, esto fue cuando pude intuir que su alguna vez normal celo científico por prolongar la vida, había sido degenerado sutilmente en una meramente morbosa y horripilante curiosidad y un sentimiento secreto por lo pintoresco de lo sepulcral. Su interés se convirtió en una diabólica y perversa afición a lo repugnante y demoniacamente anormal; se recreaba tranquilamente en unas monstruosidades artificiales que hubieran matado al instante a los hombres más saludables, víctimas de terror y de asco; se volvió, detrás de su pálido intelectualismo, un Baudelaire del experimento físico, un lánguido Heliogábalo de las tumbas.

Arrostraba peligros sin amilanarse, cometía crímenes sin conmovirse. Creo que el clímax se produjo cuando hubo demostrado su teoría de que la vida racional podía ser restablecida, y pensó en conquistar nuevos mundos experimentando en la reanimación de miembros arrancados de los cuerpos. Tenía unas ideas extrañas y originales acerca de las propiedades vitales independientes de las células orgánicas y del tejido nervioso separados de sus sistemas fisiológicos naturales; y alcanzó algunos espantosos resultados preliminares en forma de un tejido perenne, que no moría, alimentado artificialmente y obtenido de los huevos casi empollados de un indescriptible reptil tropical. Dos teorías biológicas deseaba comprobar ardientemente; en primer lugar, si era posible que existieran cierta conciencia y acción racional sin el cerebro, procedentes de la médula espinal y de diversos centros nerviosos; y en segundo lugar, si podía existir alguna clase de relación intangible, etérea, distinta de las células materiales, y capaz de enlazar las partes quirúrgicamente separadas de lo que anteriormente había sido un solo organismo viviente. Todo ese trabajo de investigación requería una enorme cantidad de carne humana recién sacrificada, y era por eso que Hebert West había entrado en la Gran Guerra.

El fantasmal, inmencionable suceso, ocurrió una medianoche de últimos de marzo de 1915, en un hospital de campaña



situado detrás de las líneas en St. Eloi. Incluso ahora me pregunto si no pudo simplemente haber sido un demoníaco sueño del delirio. West tenía un laboratorio privado en el ala oriental del edificio parecido a un granero acondicionado provisionalmente como hospital, que le había sido asignado ante su afirmación de que estaba poniendo a punto unos métodos nuevos y radicales para el tratamiento de los casos hasta entonces irremediables de mutilación. Allí trabajaba como un carnicero en medio de sus ensangrentados despojos. Nunca pude acostumbrarme a la indiferencia con que manejaba y clasificaba ciertas cosas. A veces realizaba verdaderas maravillas quirúrgicas con los soldados; pero sus principales gustos eran de un tipo menos público y filantrópico, y requerían muchas explicaciones de sonidos que parecían raros incluso en medio de aquella babel de condenados. Entre aquellos sonidos figuraban frecuentes disparos de revólver, seguramente corrientes en un campo de batalla, pero completamente anormales en un hospital. Los ejemplares reanimados por el doctor West no estaban destinados a una larga existencia ni a un amplio auditorio. Además de tejido humano, West utilizaba mucho del tejido del embrión del reptil que había cultivado con tan singulares resultados. Era mejor que el material humano para conservar la vida en fragmentos desprovistos de órgano, y esa era ahora la principal actividad de mi amigo. En un rincón oscuro del laboratorio, y sobre un extraño mechero incubador, guardaba un gran recipiente cubierto lleno de aquel tejido celular reptilisco, el cual crecía y se multiplicaba de un modo abullonado y espantoso.

La noche a que me refiero disponíamos de un espléndido ejemplar nuevo; un hombre que había sido alguna vez muy vigoroso desde el punto de vista físico y muy bien dotado intelectualmente, de modo que la sensibilidad del sistema nervioso estaba garantizada. Era bastante irónico ya que se trataba del oficial que había ayudado a West a obtener su destino y que ahora debía ser nuestro socio; incluso, había estudiado secretamente en el pasado la teoría de la reanimación con cierto detenimiento bajo la dirección de West. Se trataba del mayor Sir Eric Moreland Clapham-Lee, D.S.O., que había sido el mejor cirujano de nuestra división y había sido destinado apresuradamente al sector de St. Eloi cuando las noticias de los crudos combates llegaron al cuartel general. Llegó en un avión piloteado por el intrépido teniente Ronald Hill, solamente para ser derribado justo encima de su destino. La caída había sido espectacular y terrible; Hill quedó completamente irreconocible, pero el choque dejó al gran cirujano casi decapitado y, fuera de eso, en perfecta condición. West se había apoderado ávidamente de la cosa sin vida que alguna vez había sido su amigo y colega; y yo me estremecí al ver cómo terminaba de seccionar la cabeza, la colocaba en su infernal recipiente de pulposo tejido de reptil a fin de conservarla para futuros experimentos, y procedía a extender el cuerpo decapita-



do sobre la mesa de operaciones. Le inyectó sangre nueva, unió ciertas venas, arterias y nervios en el descabezado cuello, y cerró la horrible abertura con un injerto de piel de un ejemplar sin identificar que había llevado el uniforme de oficial. Yo sabía lo que West deseaba; comprobar si aquel altamente organizado cuerpo podía mostrar, sin su cabeza, alguna de las señales de la vida mental que había distinguido a Sir Eric Moreland Clapham-Lee. Alguna vez había sido un estudiante de la reanimación, y ahora este silencioso tronco estaba horripilantemente destinado a ejemplificar la teoría.

Todavía puedo ver a Herbert West bajo la siniestra luz eléctrica, inyectando su solución reanimante en el brazo del cadáver sin cabeza. No puedo describir la escena; me desmayaría si lo intentara, puesto que hay locura en un cuarto lleno de objetos sepulcrales clasificados, con sangre y despojos humanos menores casi hasta el tobillo en el suelo resbaloso y las espantosas anomalías reptiles, retoñando, burbujeando y cociéndose sobre un parpadeante espectro de una débil llama verde-azulada en un apartado rincón de espesas sombras.

El ejemplar, como West observó repetidamente, tenía un espléndido sistema nervioso. Se esperaba mucho de él, y cuando unos pocos movimientos retorcidos principiaron a aparecer, pude ver un febril interés en el rostro de West. Estaba listo, creo, para presenciar la demostración de su cada vez más fuerte opinión de que la conciencia, la razón y la personalidad pueden existir independientemente del cerebro; de que el hombre no posee un espíritu conectivo central, sino que es simplemente una máquina de materia nerviosa, con cada una de sus piezas más o menos completa en sí misma. En una triunfal demostración, West estaba a punto de relegar el misterio de la vida a la categoría de mito. El cuerpo se retorció con más vigor, y bajo nuestros ávidos ojos empezó a agitarse de un modo espeluznante. Los brazos se movían rápidamente, las piernas se levantaron y varios músculos se contrajeron en una repulsiva especie de contorsión. Entonces, el descabezado tronco proyectó sus brazos hacia adelante con un inconfundible gesto de desesperación; una desesperación inteligente, aparentemente suficiente para demostrar todas las teorías de Herbert West. Evidentemente, los nervios estaban recordando el último acto de la vida de aquel hombre; la lucha para liberarse del derribado aeroplano. Lo que siguió, nunca lo sabré de un modo cierto. Pudo ser por completo una alucinación provocada por la impresión que me causó en ese instante la repentina y completa destrucción del edificio en un cataclismo de fuego de la artillería alemana. ¿Quién podría contradecirlo si West y yo fuimos los únicos sobrevivientes identificados? A West le gustaba creer eso antes de su reciente desaparición, pero había momentos en los que no podía hacerlo, ya que resultaba muy raro que los dos hubiéramos tenido la misma alucinación. El horrendo suceso era, en sí mismo, muy simple, únicamente notable por lo que implicaba.

El cuerpo extendido sobre la mesa se había levantado con un ciego y terrible impulso, y habíamos oído un sonido. No debería dar el nombre de voz a aquel sonido, ya que era demasiado espantoso. Y, sin embargo, lo más espantoso no fue el timbre de aquella voz. Ni su mensaje, ya que se había limitado a gritar: "¡Salta, Ronald, por el amor de Dios, salta!"

Lo espantoso fue su procedencia.

Ya que la voz surgió del recipiente cubierto situado en el horrible rincón envuelto en serpeantes y tenebrosas sombras.

## VI. LAS LEGIONES SEPULCRALES

Cuando el doctor Herbert West desapareció, hace un año, la policía de Boston me interrogó estrechamente. Sospechaban que yo estaba ocultando algo, y quizá sospechaban cosas todavía más graves; pero no pude contarles la verdad, porque no la hubiesen creído. Sabían, desde luego, que West había estado relacionado con actividades que iban más allá de lo creíble para el hombre ordinario, ya que sus espantosos experimentos sobre la reanimación de cadáveres habían durado demasiado tiempo para garantizar un secreto absoluto; pero la amedrentadora catástrofe final contuvo elementos de demoníaca fantasía que aún a mí, me hacen dudar de la realidad de lo que ví.

Yo era el amigo más íntimo de West y su único ayudante de confianza. Nos habíamos conocido muchos años antes, en la facultad de Medicina, y desde el primer momento compartí sus terribles investigaciones. Había trabajado lentamente para perfeccionar una solución que, inyectaba en las venas de los recientemente fallecidos, debía devolverles la vida; una tarea que requería un abundante suministro de cadáveres frescos, y, en consecuencia, implicaba los actos más anormales. Todavía más impresionantes eran los productos de algunos de los experimentos; pavorosas masas de carne que había estado muerta, pero que West despertaba a una ciega, irracional y nauseabunda animación. Esos eran los resultados habituales, ya que para reactivar la mente era necesario operar con ejemplares tan recientes que ninguna descomposición hubiese afectado a las delicadas células cerebrales.

La necesidad de cadáveres muy recientes había provocado la ruina moral de West. Resultaban muy difíciles de obtener, y un horrible día había conseguido un ejemplar cuando aún estaba con vida y pleno vigor. Una breve lucha, una jeringuilla y un poderoso alcaloide lo habían transformado en un cadáver muy reciente, y el experimento subsiguiente tuvo éxito durante un corto y memorable instante; pero West había salido de él con el alma encallecida y marchita y unos ojos endurecidos que a veces miraban con una especie de odiosa y calculadora valuación a hombres de cerebro especialmente sensible y de físico especialmente vigoroso. Hacia el final West me inspiraba un agudo temor, ya que empezó a mirarme a



mí de aquel modo. La gente no parecía advertir sus miradas, pero advirtió mis temores; y después de su desaparición lo utilizaron como base para algunas absurdas sospechas.

En realidad, West estaba más asustado que yo, ya que su abominable búsqueda condicionó una vida furtiva de miedo ante cada sombra. Por una parte temía a la policía; pero a veces su nerviosismo era más profundo y más nebuloso, y estaba relacionado con los indescritibles seres a los cuales había inyectado una vida morbosa de la que no los había visto salir. Habitualmente, West terminaba sus experimentos con un revólver, pero en unas cuantas ocasiones no había sido bastante rápido. Hubo aquel primer ejemplar en cuya saqueada tumba fueron vistas posteriormente huellas de garras, el cadáver de aquel profesor de la Universidad de Arkham que había cometido varios actos de canibalismo antes de ser capturado y encerrado sin identificar en una celda del manicomio de Sefton, donde se golpeaba la cabeza contra las paredes desde hacia dieciséis años. La mayoría de los otros posibles supervivientes eran seres menos fáciles de describir, ya que en los últimos años el celo científico de West había degenerado en una fantástica manía y había gastado su eficacia principal para la vitalización no de cuerpos humanos enteros, sino de partes aisladas de cuerpos, o partes unidas a una materia orgánica que no era humana. En la época de su desaparición había llegado a convertirse en un ser repulsivamente diabólico; muchos de sus experimentos no pueden ser ni siquiera sugeridos por escrito. La Gran Guerra, en la cual servimos ambos como cirujanos, intensificó este aspecto de West.

Al decir que el temor que West experimentaba, en lo que respecta a sus ejemplares, era nebuloso, pienso de un modo especial en lo complejo de su naturaleza. Una parte de aquel miedo procedía del simple conocimiento de la existencia de tales monstruos sin nombre, en tanto que otra parte procedía del miedo al daño corporal que podían infligirle en determinadas circunstancias. Su desaparición añadió horror a la situación; de todos ellos, West conocía únicamente el paradero de uno solo, el desdichado ser encerrado en el manicomio. Luego se originó un temor más sutil, una sensación muy fantástica resultante de un extraño experimento realizado en 1915 en el ejército canadiense. West, en medio de una terrible batalla, había reanimado al mayor Sir Eric Moreland Clapham-Lee D.S.O., un colega que sabía de sus experimentos y podría haberlos duplicado. La cabeza del mayor había sido removida de modo que existían posibilidades de investigar la existencia de una vida corporal casi inteligente del tronco independiente del cerebro. Justo cuando el edificio quedó destruido por un bombardeo alemán, el experimento había sido un éxito. El tronco se había movido inteligentemente; y, por increíble que resulte, West y yo estábamos enfermizamente convencidos de haber oído unos sonidos articulados procedentes de la cabeza separada del cuerpo que yacía en un oscuro rincón del la-

boratorio. El bombardeo había resultado misericordioso, en un cierto sentido, pero West no pudo tener nunca la certeza que hubiera deseado, de que nosotros éramos los únicos sobrevivientes. Solía hacer estremecedoras conjeturas acerca de los posibles actos de un médico sin cabeza con la facultad de reanimar a los muertos.

El último reducto de West fue una venerable casa de gran elegancia, con vista a uno de los cementerios más antiguos de Boston. Había escogido el lugar por motivos puramente simbólicos y fantásticas razones estéticas, ya que la mayoría de los inquilinos del cementerio se encontraban allí desde la época colonial y, en consecuencia, no tenían la menor utilidad para un científico que necesitaba cadáveres recientes. El laboratorio se encontraba en un sub-sótano construido secretamente por obreros importados, y contenía un enorme incinerador destinado a hacer desaparecer silenciosa y completamente tales cuerpos o bien fragmentos y remedos sintéticos de cuerpos, que podían quedar de los morbosos experimentos y las impías diversiones del dueño de la casa. Durante la excavación de aquel sótano, los obreros habían tropezado con una pared de ladrillos sumamente antigua, conectada sin duda alguna con el viejo cementerio, aunque era demasiado profunda para corresponder a cualquier sepulcro conocido. Tras laboriosos cálculos, West decidió que se trataba de alguna cámara secreta situada debajo de la tumba de los Averill, donde el último entierro había tenido lugar en 1768. Yo estaba con él cuando examinó las salitrosas y húmedas paredes dejadas al descubierto por las piquetas y las palas de los obreros, y preparé mi ánimo para la horripilante emoción que iba a producirme el descubrimiento de seculares secretos sepulcrales; pero, por primera vez, la nueva timidez de West venció a su natural curiosidad, y traicionó su lado degenerado al ordenar que se dejara intacta la obra de albañilería y se remozara la pared con una capa de yeso. De modo que así permaneció hasta la horrible noche final, como parte de las paredes del laboratorio secreto. He hablado de la decadencia de West, pero debo añadir que se trataba de algo puramente mental e intangible. Externamente fue el mismo hasta el final; tranquilo, frío, delgado, con los cabellos rubios, los ojos azules con lentes y un aspecto general juvenil que ni el paso de los años ni los temores parecían cambiar jamás. Parecía tranquilo incluso cuando pensaba en aquella tumba removida por garras y miraba por encima de su hombro; incluso cuando pensaba en el carnívoro demente que se corroía y pateaba tras los barrotes de Sefton.

El fin de Herbert West empezó una noche en nuestro estudio común mientras repartía su curiosa mirada entre el periódico y yo. Un extraño encabezado del periódico lo golpeó desde las arrugadas páginas y la garra de un titán sin nombre parecía haber traído de nuevo los dieciséis años pasados. Algo espantoso e increíble había sucedido en el manicomio de Sefton, a cincuenta millas de distancia, aturdiendo a la vecindad

*...over.  
hath reel'd. — parson me  
you know, I used to be a  
things came to a climax.  
two Bush orders on top of  
despair, & Sunday evening  
arrak... till 4 a.m.*

y desconcertando a la policía. La madrugada anterior, un grupo de hombres silenciosos había penetrado en el manicomio y su cabecilla había despertado a los enfermeros. Era una amenazadora figura militar que hablaba sin mover los labios y cuya voz parecía casi ventrílocuamente conectada con una inmensa caja negra que llevaba debajo del brazo. Su rostro inexpresivo era atractivo hasta el punto de una radiante belleza, pero había traumatizado al superintendente del manicomio cuando la luz del vestíbulo lo iluminó, ya que era un rostro de cera con ojos de cristal pintado. Aquel hombre había sido víctima de algún inmenso accidente. Un hombre más grande guiaba sus pasos; una repugnante mole cuyo rostro azulado parecía medio comido por alguna enfermedad desconocida. El portavoz había pedido que le entregaran al monstruo caníbal detenido en Arkham dieciséis años antes; y ante la negativa del superintendente, hizo una seña que precipitó una terrible pelea. Los diablos habían golpeado, pateado y mordido a los enfermeros que no huyeron con la suficiente rapidez; mataron a cuatro, y finalmente consiguieron liberar al monstruo. Las víctimas que podían recordar el hecho sin ser presa de un ataque de histeria juraron que los agresores no habían actuado como hombres, sino como autómatas incapaces de pensar y guiados por el cabecilla del rostro de cera. Cuando pudo llegar la ayuda, todo rastro del grupo de monstruos y de su enfurecida carga se había desvanecido sin dejar rastro.

Desde que leyó aquel artículo hasta medianoche, West permaneció sentado, casi paralizado. A medianoche sonó la campanilla de la puerta, asustándolo profundamente. Todos los criados dormían en el ático, de modo que fui a abrir la puerta. Como ya he dicho a la policía, en la calle no había ningún carruaje; sólo un grupo de figuras de aspecto extraño que llevaban una gran caja cuadrada, la cual depositaron en el suelo del vestíbulo después de que uno de ellos gruñera con voz anormal: "Entrega especial. Ya está pagado." Se marcharon desfilando con un andar espasmódico y mientras les veía alejarse se me ocurrió la extraña idea de que se dirigían al antiguo cementerio con el que colindaba la parte trasera de la casa. Cuando cerré la puerta de golpe tras ellos, West bajó la escalera y miró la caja. Tenía unos dos pies cuadrados de superficie, y llevaba el nombre y la dirección de West correctamente escritos. También llevaba la inscripción: "De Eric Moreland Clapham-Lee, St. Eloi, Flandes". Seis años antes, un hospital bombardeado había caído sobre el descabezado tronco reanimado del doctor Clapham-Lee y sobre la despegada cabeza, la cual —quizás— había emitido sonidos articulados.

West no estaba ni siquiera excitado ahora. Pero su aspecto era aún más lívido. Dijo rápidamente: "Ha llegado al final...,"

pero vamos a quemar... esto." Bajamos la caja al laboratorio, escuchando. No recuerdo muchos detalles —no es difícil adivinar mi estado de ánimo en aquellos momentos— pero es una incalificable mentira decir que lo que metí en el incinerador fue el cadáver de Herbert West. Entre los dos introdujimos en el horno la caja sin abrir, cerramos la puerta y conectamos la corriente eléctrica. Tampoco del interior de la caja surgió ningún sonido, después de todo.

West fue el primero en darse cuenta de que caía el yeso con que había sido remozada la parte del muro donde estaba la antigua tumba de albañilería. Yo iba a echar a correr, pero él me detuvo. Entonces vi un pequeño agujero negro, noté una helada corriente de aire y olfateé las sepulcrales entrañas de una tierra pútrida. No se oyó el menor sonido, pero justo en aquel instante las luces eléctricas se apagaron y vi recortada contra alguna fosforescencia del mundo subterráneo una horda de silenciosas figuras laboriosas que sólo la demencia —o algo peor— podía crear. Sus contornos eran humanos, semihumanos, parcialmente humanos y completamente inhumanos; la horda era grotescamente heterogénea. Estaban todos quitando silenciosamente, uno a uno, los ladrillos de la centenaria pared. Y luego, cuando la brecha tuvo la amplitud suficiente, entraron en el laboratorio en fila india, precedidos por un ente de aspecto majestuoso con una hermosa cabeza hecha de cera. Una especie de monstruosidad con ojos dementes que iba detrás del cabecilla cogió a Herbert West, el cual no se resistió ni profirió ningún sonido. A continuación, todos aquellos monstruos saltaron sobre él y lo despedazaron ante mis ojos, llevándose los pedazos hacia aquella bóveda subterránea de fabulosas abominaciones. La cabeza de West fue transportada por el cabecilla del rostro de cera, el cual llevaba uniforme de oficial del ejército canadiense. Mientras desaparecía, vi que los ojos azules de Herbert West ardían espantosamente detrás de sus lentes con su primer signo de frenética y visible emoción.

Por la mañana, los criados me encontraron sin sentido. West había desaparecido. El incinerador contenía únicamente un montón de cenizas inidentificables. Los detectives me han interrogado, pero, ¿qué puedo decir? La policía no relacionará la tragedia de Sefton con West; ni tampoco a los hombres que trajeron la caja, cuya existencia niegan.

Les hablé de la bóveda, pero señalaron la intacta pared de yeso y se echaron a reír. De modo que no les dije nada más. Suponen que soy un loco o un asesino. Probablemente estoy loco. Pero tal vez no lo estaría si aquellas malditas legiones sepulcrales no hubiesen sido tan silenciosas.

(1921)